

DEL PASADO AL FUTURO:
EL DIFÍCIL EQUILIBRIO DEL ANIMAL HUMANO
AÚN NO FIJADO EN EL PRESENTE

Carlos Díaz

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

El professor Carlos Díaz desenvolupa amb un llenguatge irònic i, a voltes, punyent, una reflexió filosòfica al voltant de la situació de l'ésser humà en l'univers tecnològic i mediàtic generat per les noves formes de comunicació mundial. Amb un to i una formulació molt lliures, porta a terme una aguda crítica dels desafiaments que comporta per a l'ésser humà la implantació de les noves tecnologies comunicatives, tant en la vida quotidiana com en la vida laboral i social.

61

1. EL RETO DE LOS LAGARTOS TERRIBLES

Aseguran los paleontólogos que las especies evolucionan, aunque sea lentamente. Contemplado sin embargo el comportamiento de la más metamorfoseada de todas ellas, la humana, por mucho que haya mutado su capacidad cerebral y por muy sofisticados que sean los frutos de su alta tecnología, semejante afirmación no resulta tan evidente pues, a la hora de la verdad, sus pautas de conducta a gran escala se asemejan todavía demasiado a las de aquellos *dinosauria* (plural de *dinosaurios*), término griego cuya traducción es la de "*lagartos terribles*", aquellos animales ya vencidos por la misma evolución de las especies, cuyos esqueletos reconstruidos evidencian –según los restos fosilizados– una naturaleza netamente "reptiliana".

Así pues, el género humano tiene una asignatura todavía pendiente a finales del segundo milenio después de Cristo, a saber, la de demostrar que ha dejado atrás el comportamiento de:

los *rinocéfalos* (“*cabezas hocicudas*”), caracterizados por tener mucho morro;

los *arcosaurios* (“*reptiles dominantes*”); y, dentro de ellos, el de los *dinosaurios* (“*reptiles terribles*”) pues ¡demasiadas veces en la historia hubiera podido aplicarse al animal humano el lema “*homo homini dinosaurios*”, el hombre, reptil terrible para el hombre!;

los oportunistas *coelosaurios* (“*lagartos huecos*”), terópodos muy primitivos, ligeros y pequeños, bípedos ya, adaptados a la carrera rápida tanto para la huida como para la predación;

los voluminosos *tiranosaurios* (“*lagartos amos*”), *carnosaurios* o “*lagartos carnívoros*”, expertos en comerse a cuanto bicho viviente veían más pequeño que ellos;

los *brontosaurios* (“*lagartos del trueno*”), de hasta 35 toneladas, especializados en berrear y en echar broncas al modo de ciertos jefes de negociado a quienes, por su parte, les encanta “hacer el reptil” ante sus propios superiores pues, en esto de “hacer el reptil”, siempre hay uno más arriba ante el que mostrar las habilidades;

los *estegosaurios* (“*lagartos con tejado*”), a los que hemos dejado para el final precisamente por ser los que más rabia nos dan ya que iban por el mundo con su ego por delante, pues su mismo presuntuoso nombre de *estegosaurios* (“*este ego, este saurio, el ego de este saurio*”) los delata y no deja ninguna duda acerca de su egoísmo, egoísmo que cubrían con un tejadillo en la cabeza, a modo de quienes se ponen el mundo por montera y al prójimo por montura. ¡Ay, estegosaurio reptilizante, que presumes luego careces, no olvides que tu diminuta cabeza contenía sesos no mayores que los de un pollo actual, aunque tuvieses 30 pies de largo y pesases más que un elefante! ¡Ay tú, hermano estegosaurio, “colmo de la escasez de sesos dinosaúrica”¹!

¹ Cf. ASIMOV, I. *Los lagartos terribles*. Madrid: Alianza, 1993, pág. 23.

2. EL TIEMPO, CIENCIA INCIERTA

2.1 El humano, en la encrucijada de dos tiempos irreconciliables

Sí. Pese a la larga marcha de la hominización, es la humana todavía *una especie muy joven*, una especie que tiene su futuro demasiado cerca de su pasado, su hoy de su ayer, lo mismo que en este chiste:

- Hoy se escribe con hache.

- ¿Y ayer?

- Sin ella.

- Pues no sé por qué esa diferencia de un día para otro”.

Mas, aunque *a gran escala* los cambios resulten tan lentos que aún conservamos en nuestro humano arquicéfalos la huella del reptil, *a pequeña escala* sin embargo parecemos lanzados a 300.000 kilómetros por segundo pues muchas cosas de ni siquiera ayer nos dan tedio hoy, y quizá vergüenza mañana. Si *a gran escala* lleva razón Parménides con aquello de que “*el ser es, y el no ser no es*” –y, por ende, el cambio, imposible–, *a pequeña escala* sin embargo quien lleva la voz cantante es Heráclito: “*todo cambia, nada es; nunca te bañarás dos veces en el mismo río*”. La microexistencia de cada uno de nosotros, los individuos, resulta por una parte demasiado breve como para contemplar con actitud inmutable y con la perspectiva necesaria la lentísima evolución de las especies; pero, por otra, demasiado azarosa como para soportar las mutaciones de la vida cotidiana con la calma de un buda desapasionado. Ciertamente, el humano es el único animal afincado *en la irreductible encrucijada de estos dos tiempos irreconciliables*: demasiado pequeño para el tiempo grande y demasiado grande para el tiempo pequeño. De ahí que raras veces se encuentre a la altura de sus propias expectativas y que su balance resulte un poco decepcionante, pues nunca alcanza del todo la felicidad.

También nosotros, hijos de Adán y de Eva, vemos devorado nuestro hígado por el águila de Prometeo cada mañana precisamente cuando, por la fuerza emanada de la sagrada víscera, nos creíamos ya a punto de romper todas nuestras cadenas y servidumbres pretéritas. También nosotros, como el Sísifo de ayer, resbalamos en el último momento dejando caer sobre nosotros mismos la roca que estábamos a punto de depositar en la cumbre de la montaña como señal de liberación, y que vuelve a aplastarnos. Cada noche la última generación de humanos revive y reaviva en su lecho las mismas pesadillas que las generaciones precedentes

vivieron y avivaron en el suyo, según lo mostraron Jung y Adler cuando, tras explorar los sueños de grandes personajes históricos, terminaron descubriendo tras todos ellos un mismo fondo de impotencia y debilidad onírica común a la especie.

Pero esa misma generación que, *cuando nocturna*, deja aflo-
rar al "enano" de sus temores incontrolados, *cuando diurna* anhe-
la, sin embargo, dominarlo todo con el "gigante" de sus deseos y,
altiva y orgullosa, sueña sueños de imperio pues, pese a todos sus
temores, es el humano el único animal con expectativas, perspec-
tivas, prospectivas y retrospectivas, según señalara Ortega y Gasset.
Así que, cuando menos lo esperábamos, también aquí nos encon-
tramos situados en la *irreductible encrucijada de dos tiempos irrecon-
ciliables*, el tiempo *diurno* y el tiempo *nocturno*. ¡Qué inmensa para-
doja la de este animal racional, caña pensante, microcósmicamen-
te débil y quebradizo en su noche pero macrocósmicamente domi-
nador y destructor en su día, hijo de la madre naturaleza y sin
embargo animal antiecológico por excelencia, ángel y bestia a un
mismo tiempo, también a la vez causa de problemas y fuente de
admiración!

"Al ver tu cielo, hechura de tus dedos,
la luna y las estrellas, que fijaste tú,
¿qué es el hombre para que de él te acuerdes,
el hijo de Adán para que de él te cuides?"².

2.2 De un ahora que para algunos ya es mañana

Hablamos de visión nocturna y de visión diurna. Sin embar-
go, en los últimos tiempos parece como si el planeta Tierra hubie-
ra enloquecido en su voluntad de girar ultrarrápidamente alrede-
dor del sol para ponerse a su altura, y hubiera terminado por atra-
parse a sí mismo, cual pescadilla que se muerde la cola, hasta dar
la impresión de que el día ha alcanzado a la noche y la luz se ha
fundido con la sombra, con la subsiguiente noche perpetua en las
zonas más eclipsadas, mientras que en otras vuelve a no ponerse el
sol.

Las cosas, pues, ya no están tan claras. Cada mañana, quan-
do volvemos a la vida con las respuestas fatigosamente prepara-
das durante la noche anterior, nos cambian las preguntas y así
vivimos con la sensación de no saber nunca cómo salir airoসা-
mente del examen. ¡Como para filosofías perennes estamos! Hoy

² Sal 8.

va todo tan acelerado que entre lo anterior y lo posterior no siempre se ve la coherencia, y el ciudadano queda perplejo o arrumbado en su sillón, ya que la movilidad de las cosas lo abrumba y derrota. El tiempo puede con nosotros: nos deja atrás una y otra vez; por ligeros que sean los pies de Aquiles, no avanza más que la tortuga.

Parece como si el tiempo rivalizase por dejarse atrás a sí mismo. No has terminado de abrir la caja de la sorpresa cuando otra mayor te sorprende ya. Una palabra define el ritmo de nuestras horas: obsolescencia. Vivimos caducados antes de que se haya cumplido nuestro plazo, entramos en el desempleo antes de haber ocupado un empleo. El mundo nos aparca, nos sobrepasa, nos jubila sin júbilo, con ese chirriar de las persianas metálicas cayendo al final de la tarde. Todo el inmenso y dilatado pasado parece caber en un modesto huequecito de nuestro minúsculo presente; en el pasado mucha extensión y poca intensión, en el presente poca extensión y mucha intensión, al modo de la cabeza de un átomo.

Los avances del pasado resultan mera metáfora comparados con el vertiginoso progreso actual, pues antes de decir "amén" nos caen encima más novedades que a toda la humanidad pasada en su conjunto. A nadie extrañará que la gran tentación de la "*hum-inhumanidad*" de nuestra era sea la de olvidar los servicios prestados por el humilde día antañón al prepotente y desaforado día de hoy, la de abandonar la mirada rememoradora y el gesto amansado en la historia pretérita. En el actual imaginario social lo único vivo es el futuro; ávida de "futuração" como está, la humanidad actual acaricia más que nunca la ilusión de asir, gracias al progreso, la piedra filosofal del futuro y, así, conquistarlo para siempre en el presente vencedor³. El carro del progreso conducirá hacia la meta final a los laureados neaurigas más veloces que el viento y que el sonido y que la misma luz, cuyas barreras esperan poder pulverizar mañana, con la secreta convicción demiúrgica de que para la omnipotente ciencia del futuro nada hay *imposible*, término este último, "imposible", indigno del *sapiens sapiens*, incordio que desterrar de los vocabularios, "museizable", aparcable en el archivo de las antiguallas a no tardar mucho.

³ Como en el protozoroastrismo o zervanismo. En efecto, el nombre del dios *Zerván* –o *Zurván*, "*El Tiempo*"– era, hacia el siglo XII a.C., para los antiguos iranos, la Inteligencia y el Todo infinito, el principio primordial infinito e imperecedero cuya trifaz cabeza simboliza el discurrir del tiempo –*antes, después, ahora*–, así como su omnisciencia que sabe al mismo tiempo del pasado-presente-futuro.

En la antítesis respecto de nuestros abuelos de ayer, muchos de los cuales se han ido al otro mundo sin haberse creído del todo eso de la llegada de los primeros astronautas a la luna –evento que tomaron por un mero anuncio publicitario–, no faltan ya, efectivamente, niños en nuestras escuelas para quienes *el tercer milenio será el definitivo porque en ese tiempo se habrán fundido pasado, presente y futuro*. Con un pie en el hoy y otro pie en el mañana, no faltan estudiantes de Secundaria para quienes no existe científicamente nada *imposible* del todo. ¿Para qué tendríamos que fatigarnos estudiando el pasado, si ya estamos a punto de fundirnos en la masa crítica del futuro, nuestro verdadero tiempo desiderativo, nuestro *kairós*?

2.3 Pero no por mucho madrugar amanece más temprano

Así las cosas, lo que podríamos denominar *ley psicológica de la gravedad* de nuestros inerciales coetáneos podría rezar así: *el futuro caerá por su propio peso*. Si –para bien o/y para mal– la fruta histórica ya está lo suficientemente madura como para caer por su propio peso, y lo bastante controlada y dominada como para asirla con la punta de los dedos, ¿para qué oponerse a la inercia de un futuro que nos arrastra de suyo cual ley tendencial y en cuyo interior casi hegeliano los individuos nada pueden, sino dejarse ir, “*fata volentem ducunt nolentem trahunt*”? La máquina histórica ha progresado tanto, que arrastra y sobrepasa a su propio constructor; hoy estás arriba, mañana abajo, pero tú no la dominas; a quien la máquina histórica se la dio, la máquina histórica se la bendiga.

66

Muchos hombres y mujeres de hoy creen haber nacido en la era de ese futuro absoluto que devolverá al presente todas las cosas que en el pasado fueron, a modo de palingenesia restauradora. Es cuestión de saber ponerse al rebufo del futuro, dejarse llevar por su omnipotente superturbo, atendiendo a la *ley del mínimo esfuerzo subjetivo*: cuestión de esperar y de echarle oportunismo.

Mucho tiene que ver con semejantes “ideologemas” el baño de neobudismo y de neohinduismo en que parecen inmersas las últimas generaciones, aunque pocos de los afectados sepan formularlo. De ahí el carácter levemente ridículo de estos nuevos bañistas en las –para ellos– turísticas aguas del Ganges del futuro, cuyo budismo más parece impregnado por un fatalismo social con su correspondiente ley del *karma* derrotante –donde las castas, ay, sí que parecen inamovibles, y contra las que cualquier rebeldía topa con muro duro y puro– que por la lucha contra la injusticia, actual-

mente que Occidente ha descubierto la inocencia del nihilismo⁴.

Demasiado alegremente se han criticado, por lo tanto, ciertas teorías que afirmaron el *fin de la historia* pues ¿acaso no es cierto que la historia toca a su fin cuando el pasado, el presente y el futuro se funden en una unidad de tiempo en la que se renuncia a caminar hacia adelante porque *ya está todo hecho* y no sirve para nada, bogar corriente arriba, ni intentar cambiar las cosas? ¿No consiste el fin de la historia en el juicio final, una historia –según la quieren Fukuyama y demás familia– finalizada, entropizada, sin bríos, degradada, una *historia ácrona* donde la energía social tiende a cero? Pues justamente por eso nuestra historia es la del fin de la historia. Dicho de otro modo: *nihilismo y fin de la historia* resultan ser dos vocablos diferentes para dar cuenta de una misma realidad, la realidad de la nada, el tiempo del vacío, la conversión en metáfora de una existencia social a la que falta su *élan*, su impulso propio. El *sólo futuro* no es futuro sino, por paradoja, el *no future* (“no futuro”) pregonado por la posmodernidad.

2.4 Seamos más modestos en la previsión de futuros, mejores o peores

Sin embargo, la posmodernidad, el nihilismo del fin de la historia, parte de un error grave, a saber, de su pretensión de leer en su particular bola de cristal todo avatar futuro –o, en este caso,

⁴ Nuestros jóvenes no parecen demasiado aficionados a los innumerables esfuerzos y reencarnaciones gracias a los cuales se consigue la liberación budista. En efecto, según un texto clásico budista, se requiere un enorme número de millones de años, el equivalente a *la unidad seguida de 2103 ceros*, para alcanzar la condición de *buda* o *iluminado*, o la más modesta de *bodhisattva* o *iluminando* que antes de convertirse en *buda* renuncia provisionalmente a entrar en el nirvana y, reencarnándose de nuevo por compasión para ayudar a otras personas, vive bajo forma humana su último estadio terrestre, su última reencarnación, antes de liberarse de la interminable serie de eslabones que componen la cadena transmigratoria como, por ejemplo, *Amida* –*Amitabha* en sánscrito; en Japón goza de muchos adeptos–, con su país puro, especie de cielo.

Más parece, pues, que la favorable acogida actualmente dispensada a la reencarnación tenga quizá más que ver con el espíritu de las celebraciones dionisiacas griegas que con el budismo. En efecto, mientras que Dyonisos exalta el círculo del eterno retorno de lo idéntico, no para conquistar una vida eterna en otro mundo sino para resucitar cíclicamente en la mortalidad de lo que es mortal, subrayando triunfalmente la inmortalidad del *hambre-deseo*, el budista no ama el deseo que desea deseos, ni el hambre eternamente hambrienta, sino la perfecta y eterna quietud al margen de todo tiempo, pasado, presente, o futuro. Ni siquiera la omnisciencia de tipo hegeliano –es decir, de un *Weltgeist* a modo de sujeto universal histórico– interesa al budista, pues todo saber es siempre saber que no se sabe y da dolor, a no ser que se trate de ese saber que nos lleva al olvido del saber mismo y a su innecesariedad.

el no-futuro que postula-, pues cuantas veces se han lanzado al aire pronósticos sobre lo por venir, tantas otras veces se ha terminado haciendo el ridículo. Recordemos al respecto algunos de esos pronósticos ridículos, a guisa de ejemplo:

En 1825 los comentaristas de actualidad de los periódicos escribían a la vista de los recién estrenados 40 kilómetros por hora del ferrocarril: "Con tan excesiva velocidad puede subirles la tensión a los viajeros, y desde luego las vacas que pastan tranquilamente podrán marearse". Los comentaristas tenían sin embargo su poquito de razón: ¿acaso no son las actuales vacas locas las nietas de aquellas otras que no cuidaron adecuadamente sus mareos? ¿Y no somos nosotros los actuales viajeros enloquecidos en el tren hacia ninguna parte?

En 1876 un periódico de Boston comentaba a propósito de la invención del teléfono: "La gente bien informada sabe que es imposible transmitir la voz a través de alambres y que, si fuera posible hacerlo, la cosa no tendría ningún valor práctico".

En 1878, tras observar la luz eléctrica en una exposición científica universal, un profesor británico afirmaba con la flemma de entonces: "Cuando finalice la exposición de París, la luz eléctrica se acabará, y no se oirá hablar más de ella".

En 1880 Thomas Alva Edison, inventor del fonógrafo, afirmaba respecto de su propia obra: "El fonógrafo carece de valor comercial".

En 1895 el fisicomatemático lord Kelvin manifestaba impertérrito: "Máquinas voladoras más pesadas que el aire son de todo punto imposibles".

En 1899 Charles Duell, nada menos que director del registro de patentes de los EEUU, comentaba: "Se ha inventado ya todo cuanto se puede inventar", razón por la cual aconsejaba a la Casa Blanca la clausura de tal registro.

El 2 de agosto de 1968 se leía en el *Business Week*: "Con más de cincuenta marcas extranjeras de automóviles vendiéndose ya en EEUU, no es en absoluto probable que la industria automovilística japonesa consiga ni siquiera un pequeño porcentaje del mercado americano".

En 1977 Ken Olson, a la sazón destacado presidente de Digital Equipment Corporations, proclamaba: "No existen razones para que un individuo tenga un ordenador en su propia casa". Obviamente, esto lo digo diciendo yo también pocos años después, aunque sin mucho éxito; de ahí que el aroma de la historia me haya abandonado a media tarde como un mal desodorante...

2.5 El verdadero pasado, rompeolas de todos los falsos futuros

No vendamos la piel de oso del futuro antes de cazarlo; seamos mucho más modestos, comencemos el presente por su raíz, el pasado. Cuando llegue el día y cuanto más implantados estemos en nuestro presente, tanto más necesitaremos recordar la memoria de los militantes pretéritos; y no por el mero regusto arcaizante de la preterición, no por la nostalgia de quienes –no sabiendo mirar hacia adelante– se conforman con una vida mínima que *sólo mira hacia atrás*, lo que los convierte en estatuas de sal, en *pasados sobre-pasados*. Nada de limitarse a *subsistir* desde otro evo, en todo caso a *resistir*, pero no a *existir*. No. No nos interesa el pasado por el pasado, sino sobre todo porque *conviene a la inteligencia la memoria* –¡quien bien te quiera te hará recordar!– *para querer con una voluntad más duradera*; en definitiva, para querer más puramente lo recordado e inteligido.

Sin embargo, habitar el ayer sin perderse en él lleva su tiempo. Y eso, por cierto, resulta empresa más ardua de lo que parece, pues el tiempo que fue es mucho, y lo que a primera vista de él parece superficie plana tiene más de promontorio de muchos estratos; asimismo, lo que al ojo mediocre se le antoja gris, al ojo experto se le revela como infinita densidad de aleaciones cromáticas. Pero nunca es tiempo desaprovechado el que dedicamos al pasado; por el contrario, pasar desde él hacia el presente futurizo ahorra mucho tiempo a quien de verdad sabe leer la historia. El pasado no ha muerto, los muertos del pasado que vos matáis gozan de buena salud. Así pues, contra las cataratas de futuros risueños cayendo automáticamente sobre nuestras rosadas cabezas, esos cantos de las capciosas sirenas de Ulises con que el maligno enemigo de la humanidad procura robarnos nuestro presente, resistamos desde el pasado de las tradiciones militantes, aunque sólo sea como primer momento metodológico y eto-estético, pues el único capaz de poner freno a la inercia del supuesto automatismo de las cosas, el mejor rompeolas de todos los falsos “jajajá” y “jijiji” futuros es el ayer de unos misterios dolorosos protagonizados por los más pobres en su búsqueda de verdadera salvación universal. Quien adquiere en profundidad una memoria militante profética y pauperónoma se convierte en un testigo inabitable del presente, un testigo al que podrán quitar la vida pero no el valor de ejemplaridad de su interminable utopía. Por el contrario, sin la memoria de los anteriores milenios, los supuestos misterios gozosos de mañana terminarán abriéndose a los pies de la humanidad como una sima insondable que podría tragársela irremisiblemente.

Y que podría tragar también a los tragadores mismos: el *dies irae*, el día de la ira, la gran mayoría morirá de hambre, y el resto de aburrimiento. Se dirá que, además de los muertos de hambre y de los aburridos, también ha llegado y continuará el día de otros que triunfan, obviamente, pero ¿no cabría redargüir que esos tales *victores* y “triunfadores” mueren y morirán finalmente de éxito “por do más triunfado habían”? Sí, *hoy se mata de tres formas* en el tanatorio social al uso: a la mayoría por penuria, a la minoría por aburrimiento, y a la elite por éxito, un éxito que se mide por la capacidad de consumo, donde la persona es una variable cuya única constante está en ganar y consumir, no siendo la ganancia y el consumo a la medida del hombre sino el hombre a la medida de la ganancia y del consumo. En definitiva, un éxito cuya estrategia ha sido diseñada sobre un campo de cadáveres y, por tanto, cada- vérico él mismo.

2.6 Los nichos ecológicos, para huir de la quema

70 Sin embargo, mientras el pueblo ignorante espera la llegada de los clarinetazos finales de la historia y el país de Jauja o *Schlaraffendland* donde se ata a los perros con longaniza, y a falta de un presente más planificador, la gente va huyendo de la quema como puede y se refugia en frágiles vaguadas y en nichos ecológicos para ir escapando. En efecto, en el orden del tiempo se ha abierto una *brecha histórica* –aunque sin conflicto intergeneracional, sin conmociones, mansamente– entre los jóvenes incapaces de ayer y los retronostálgicos enemigos del mañana, brecha tan grande que ha causado la muerte misma o la parálisis de las organizaciones militantes clásicas pues, si los jóvenes han huido de ellas, los viejos las han esclerotizado con sus relojes parados en la supuesta Edad de Oro de ayer, églogas de Salicio y Nemoroso y “doradas golondrinas” que, por otra parte, nunca existieron a no ser en las mentes que idealizan, por aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Lo común, pues, a quienes se evaden del aquí y del ahora es que ambos tienden a no aguantar el tirón refugiándose en microclimas históricos pasados o futuros, en nichos ecológico-egológico, al fin y al cabo meras *historietas* ahistóricas sin presente vivo. Habitantes del futuro y habitantes del pasado coexisten en dos ficciones incapaces de propiciar un espacio-tiempo común desde el cual dialogar y por eso ambas podrían calificarse generaciones *degeneradas*, salidas del género común, a falta del cual únicamente exhiben su respectivo *género chico*, el pequeño relato de sus micro-

militancias megalómanas donde lo bueno para mi causa es bueno para la humanidad entera, y dejan campo libre al verdadero enemigo, a la Mano Invisible –el Imperio, la Gran Ramera, la Categoría Universal, el Maligno– que gobierna –ella sí– el mundo contando con la complicidad ingenua de las categorías particulares incapaces de dialogar desde su modestia.

A la vista de ello, casi podríamos repetir con A. Huxley que la más grande lección de la historia es que muy pocos han aprendido las lecciones de la historia, a saber: que el Imperio denomina *progreso* a cuanto, achicando a las categorías particulares –las perdedoras– a costa de otras –las ganadoras–, achica incluso a las que supuestamente agranda, pues en realidad sólo agranda al Imperio mismo, que –hábilmente, diabólicamente– se oculta mientras siembra su discordia entre tirios y troyanos. Sí; en última instancia, el invisible carácter antidemocrático del progreso al uso radica en que, mientras distrae a los pequeños litigantes particulares, maneja un discurso de progreso universal cuyo ejercicio sólo es particular.

Esto es lo terrible. Hoy la capacidad de elaboración intelectual de los particulares continúa siendo rudimentaria, creciente su vulnerabilidad psicológica, y progresiva la infantilización ideológica de sectores cada vez más amplios de población, preferentemente jóvenes; ellos se muestran incapaces de hacerse cargo de una realidad circundante que, paradójicamente, cada vez está en menos manos –las del Imperio– y deviene más compleja de suyo –¡científicos japoneses han hallado el motor rotatorio más diminuto del mundo: el rotor se mueve en el interior de una cámara cilíndrica de sólo 10 nanómetros, la millonésima parte de un milímetro, de diámetro! Esta jivarización de la vida colectiva podría explicar –como ya sabemos– el auge de la afición al fútbol o de los *reality-shows*: solamente porque la mayoría no entiende las razones últimas de lo que está pasando en el mundo es por lo que reduce su vida al pan y al circo, ya que cuanto excede de esos pocos metros cuadrados de los platós de televisión o de los estadios resulta excesivo para el común. Nunca, ni siquiera en los peores tiempos del Imperio romano, una masa de fanáticos precarizados asumió tan intensamente su servidumbre voluntaria; nunca dio como hoy lo mejor de sí mismo en favor de mercenarios multimillonarios; nunca masa tan alienada vivió tan ignorante de su alienación, ni tan agradecida por la misma.

2.7 Los cipayos cómplices

Decíamos que, si muchas personas se encierran en sus

microproyectos sectarios y sin diálogo posible es porque, aun cuando necesitan conferir sentido a su vida, sin embargo se ven totalmente incapaces de hacerse cargo de una realidad hipercompleja, hipermutante y desmesurada para ellos –baste recordar que 215 millones de ciudadanos de los EEUU están afiliados a sectas cada vez más destructivas. Y, para mayor paradoja, no hace falta recordar que todo esto ocurre en el mismo momento en que existen más canales de televisión, emisoras de radio, periódicos, y, en general, más medios de masas que nunca; cuando, en fin, se vive en medio de una enorme *polución informativa*: por sus efectos conoceréis también a los propios informadores.

Empero, parece que los pocos que son conscientes de esta durísima y engañosísima realidad han decidido adaptarse a ella. En las universidades, por ejemplo, excepciones aparte, los pocos que comprenden lo que está pasando utilizan el viejo truco del almen druco consistente en elaborar teorías oscuras y complejas para complicarlo todo, alegando que en la presente coyuntura no caben tratamientos simplistas. Sin embargo, lo realmente simplista son esas teorías suyas, ininteligibles e inútiles, gracias a las cuales se celebran simposios y se engordan currículos. Señores míos, si todo os parece tan irresoluble, ¿para qué organizáis tantos simposios, foros, saraos y convenciones con cargo a los presupuestos generales del Estado –reunión de pastores, ovejas muertas?

Ciertamente, los parámetros de un sistema sólo pueden ser controlados desde un sistema de mayor complejidad, pero no de mayor oscuridad. Y, si esto ocurre en la Universidad, en los demás centros neurálgicos –sindicatos, partidos, etc.– la dialéctica suele consistir también en no plantar cara, en limitarse, cual fragmentos particulares, a buscar acomodo egoísta para solucionar los problemas de los propios afiliados, es decir, de quienes ya tienen empleo, de quienes ya están en Europa, etc. En definitiva, para ofrecer soluciones a quienes disponen de sus respectivos nichos ecológicos privados en los que sobreviven mediante una *adaptación funcional* a los *mecanismos* del poder, mecanismos cada vez en mayor medida *mecanicismos* engullidores. En definitiva, nos encontramos en el tiempo de la *servidumbre voluntaria*, ésa que ha sustituido las fiestas universales del calendario comtiano –situadas bajo la advocación de la razón ilustrada– por *festejos* que van, también en eso del internacionalismo, hacia el tribalismo. Y, mientras tanto, las multinacionales del Imperio cabalgan.

3. ÉSTE ES NUESTRO PRESENTE A LA ALTURA DEL AÑO 2000: LA ERA DEL FIN DEL TRABAJO

Venimos sosteniendo que no por meter la cabeza bajo el ala del futuro, como tampoco por avestrucear metiéndola bajo el ala del pasado, desaparece el presente. Hay que afrontar el presente, por duro que parezca. *¡Ni pasado sin futuro, ni futuro sin pasado para un presente profundo!* La realidad va surgiendo día a día frente a nosotros y dentro de nosotros; nos interpela con su tozuda presencia y su retadora exigencia; cada hora hay que pelearla, y hasta los más ardorosos predicadores del automatismo social de las cosas y del inmodificable desorden establecido saben muy bien que no existiría tal fatalismo si el pueblo decidiese asumir su protagonismo histórico y su propio designio vital, como lo hizo en otras ocasiones. Mientras no comprendan los empobrecidos de la Tierra que es su propio pesimismo paralizador y alienante el que entrega en bandeja la victoria al verdugo capitalismo liberal, para éste masacrar y sonreír serán una sola y la misma cosa: ¿cómo no iba a sonreír masacrando y a masacrar sonriendo el matarife si es el propio borrego el que pone la cabeza debajo de la cuchilla e, incluso, intenta recoger luego su propia cabeza segada para servirla con un lacito a quien se la ha cortado?

Vayamos, pues, a lo que nos está pasando.

3.1 Dos historias opuestas en una cronología común

Aunque aparentemente rija el mismo cronómetro para todos los terrícolas, la humanidad mide su tiempo según dos calendarios muy diferentes: el de quienes viven *dentro de la historia* y el de quienes han quedado fuera del tiempo histórico, *fuera de la historia*. Veámoslo.

3.1.1 Dentro de la historia

En efecto, hoy la historia únicamente reconoce como criaturas suyas a *la elite* del mundo –apenas un veinte por ciento escaso de la población del planeta– dentro de la que existen a su vez, estratificadamente, superelites multinacionales. Son estas últimas las que gestionan globalmente las últimas esferas de poder. Estas elites –y, sobre todo, las superelites– del mundo entero comunican en tiempo real sus arcanos entre sí, pero no con las masas de sus países respectivos, no con las masas nacionales. Refugiadas en sus islas y paraísos artificiales, las elites no tienen ni la más remota

idea del *modus vivendi* mayoritario, ni quieren conocerlo, pues viven en otro mundo, su mundo es otro. Claro está que eso no impide que se les llene la boca de patriotismo en las elecciones para continuar eternamente arriba.

3.1.2 Fuera de la historia

En el otro extremo, un largo ochenta por ciento de la población mundial –y, especialmente, un cuarenta por ciento de desheredados– vive *fuera de la historia, desocupada o malocupada*, en una sociedad maléfica compuesta por inmensas aglomeraciones urbanas, o por poblaciones campesinas sin recursos, sin proyecto de porvenir, desvertebradas, que apenas merecen el nombre de sociedad. Tales gentes se sienten abandonadas, intuyen que aunque voten han quedado excluidas, rechazadas; que, aunque sean objeto de discurso, no son miembros de nada y que no cuentan para nadie, porque ya han llegado a donde iban y del suelo no pasan; que, acampadas en las ciudades, no pueden sentirse sin embargo conciudadanas. Obviamente, lo que caracteriza a estas gentes centrifugadas por la historia es su condición de *carne de desempleo*, de “ejército laboral de reserva”.

74

Por lo que hace referencia a las estadísticas de ocupación en general, durante el siglo XX, en la década de los cincuenta, la existencia de un 3 % de desempleo era algo contemplado como pleno empleo. En los sesenta, las administraciones Kennedy y Johnson pronosticaron un 4 % como objetivo. En la década de los ochenta, diferentes insignes economistas consideraron que un 5 o, incluso, un 5,5 % podían ser consideradas como cifras cercanas al pleno empleo. En la actualidad, se está replanteando el “nivel natural” de desempleo: reacios a aceptar el término *pleno empleo*, diversos analistas de *Wall Street* argumentan que los niveles de desempleo no deberían descender por debajo del 6 % para evitar con ello un nuevo periodo de inflación.

Por vez primera en la historia, el trabajo humano está siendo paulatina y sistemáticamente eliminado del proceso de producción. En menos de un siglo, el trabajo masivo en los sectores de consumo quedará probablemente muy reducido en casi todas las naciones industrializadas, lo que forzaría a millones de personas a engrosar el mundo de los vacantes –ejército industrial de reserva–, peor aún, a vivir en la miseria. A lo largo y ancho de nuestro mundo existe un creciente sentimiento de cambio trascendental: la vida como tal está mutando y se ve alterada en sus trazos fundamentales. Es tiempo de *desempleo tecnológico* creciente. Cada

semana las empresas multinacionales anuncian su tendencia a ser más competitivas en un ámbito global. Nos dicen que los beneficios están aumentando regularmente –y desde luego entre 1960 y 1990 la producción de bienes manufacturados de cualquier tipo ha seguido creciendo– pero, al mismo tiempo, el número de puestos de trabajo necesarios para producirlos ha descendido a la mitad, y las empresas anuncian despidos masivos. Mientras el público en general sigue oyendo hablar de unos mejores tiempos venideros desde el punto de vista de la macroeconomía, en todas las partes del mundo los trabajadores se quedan perplejos por lo que ante sus propios ojos aparece como un proceso de agravamiento del desempleo. ¿Cómo pueden entender que, mientras mejor le vaya supuestamente al mundo, peor les tenga que ir a ellos, incluso en los países prósperos?

En un número cada vez mayor de países, las noticias económicas están llenas de planteamientos relativos a diferentes formas de limitación de los procesos productivos, de reorganización, de gestión de calidad, de planteamientos “posfordistas”, de reducción de plantillas y de adecuación de su volumen. Semana tras semana cada vez más empleados se enteran de su despido inminente. En diferentes fábricas y oficinas, a lo largo y ancho del mundo, la gente espera con miedo, cruzando los dedos para que ése no sea su peor día. ¿Adónde irán a parar todos esos (des)empleados? *Los jóvenes* contienen su frustración y su rabia; *los mayores de cincuenta años*, atrapados entre un próspero pasado y un futuro incierto, parecen resignarse a estar condicionados por una serie de componentes sociales contra los que poco o nada pueden hacer. Los trabajos *precarios* y a tiempo parcial han proliferado, y muchos *trabajadores frustrados han renunciado a buscar cualquier empleo*. Se palpa lo que Freud llamó el “malestar en la cultura”. Y también se ratifica que se trata de un malestar *en el reino del bienestar*.

Herbert Marcuse, probablemente el filósofo más importante de la Escuela de Frankfurt aunque minusvalorado por los académicos de la misma, escribía lo siguiente en el prólogo a su libro *Eros y civilización*: “La **automatización** amenaza con hacer posible la inversión de la relación entre el tiempo libre y el tiempo de trabajo, sobre la que descansa la civilización establecida, creando la posibilidad de que el tiempo de trabajo llegue a ser marginal y el tiempo libre llegue a ser tiempo completo. El resultado sería una radical tergiversación de valores y un modo de vivir incompatible con la cul-

⁵ MARCUSE, H. *Eros y civilización*. Barcelona: Seix Barral, 1968, pág. 7.

tura tradicional"⁵. Y así ha ocurrido, conforme a su lúcido vaticinio.

Hoy por hoy, lejos de haber llegado el paraíso y la salvación por la tecnología, el trabajador de a pie sufre el rebufo del apocalipsis en el azote del desempleo. Se ha inaugurado la *era del postrabajo*⁶. En el último cuarto de siglo la proporción de fuerza de trabajo en el sector agrícola ha disminuido progresivamente: desde un 75 % a finales del siglo XIX, hasta un 30 % a principios del XX, un 20 % en 1940 y un 3 % en la actualidad. En nuestros días se habla ya del fin de la agricultura al aire libre pues el granjero dará paso al "biodirector" –un biotecnólogo no necesitado de tierras para producir ingentes cantidades– que ya están saliendo de los laboratorios. Con la nueva bioproducción las multinacionales estarán en condiciones de ejercer un mayor control económico sobre los mercados mundiales, mientras que el panorama que se presenta a las naciones del Tercer Mundo –campesinas todas ellas– es aterrador: tendrán que comerse la tierra, que sólo valdrá para que les coma a ellos, es decir, para enterrarles. Aquel *Réquiem por un campesino español* que durante la Guerra Civil española escribiera el filonarquista Ramón J. Sender se ha tornado hoy en un *réquiem por la clase campesina en general*: ¡si el campesinado internacionalista del siglo XIX levantara la cabeza!

76

Ahora bien, si, pese a todo, no se reparten las enormes ganancias de productividad, resultado de la revolución propiciada por la alta tecnología, sino que se emplean principalmente para aumentar los beneficios de las empresas, para otorgar mayores dividendos a los accionistas, para retribuir mejor a los altos ejecutivos de las multinacionales así como a la emergente elite de trabajadores implicados en los nuevos conocimientos de alta tecnología, aumentan las probabilidades de que las crecientes diferencias entre los que lo tienen todo y los que no tienen nada conduzcan, sin duda, a disturbios sociales y políticos a escala global. Y ése es el riesgo que la humanidad está corriendo a finales del segundo milenio.

3.2 Crisis del tiempo histórico de los excluidos

Y, por si fuera poco, caminamos no sólo hacia *un mundo sin trabajadores*, sino además hacia un mundo de parados que han sido manipulados para que se vuelvan *consumistas compulsivos*. La psicología ha descubierto y entregado a los focos publicitarios

⁶ Cf. RIFKIN, J. *El fin del trabajo*. Barcelona: Paidós, 1996.

las *necesidades* y su *insaciabilidad*. Las necesidades son *insaciables* sobre todo gracias a la publicidad y a otros *mecanismos de promoción*, que han *universalizado el consumo de lujo*: ahora los lujos para los acomodados deben ser convertidos en necesidades para las clases más pobres. Los publicistas, al lanzar sus productos, no informan sobre los productos mismos; tan sólo resaltan el papel social con reclamos emotivos sobre la diferenciación social que su posesión comporta y sobre el nivel social que su posición confiere. La fuente del nivel social ya no es la capacidad para crear cosas, sino la posibilidad de adquirirlas. Hasta la clase trabajadora ha sido reeducada en el "consumo dinámico de bienes de lujo". Obviamente, los hijos de los pobres se sienten frustrados por no poder acceder al consumo de determinadas *marcas* de zapatillas o de vaqueros, y el "marquismo" se ha convertido en el deporte del "plusmarquismo". En fin, se ha pasado *del Prometeo encadenado al Prometeo jubilado sin júbilo*.

Desde luego, una de las bromas más pesadas es la desaparición de la categoría de *obrero*, criatura privilegiada de su tiempo, que parecía eterna. Hoy el *movimiento obrero*, antes predominantemente industrial, ha perdido peso en una sociedad posindustrial⁷, es decir, en una sociedad donde la industria misma ya no es lo que era. Al diversificarse las situaciones laborales y segmentarse el "mercado de trabajo" en estratos que van desde el empleo sumergido y precario, casi esclavista, hasta el cargo brillante de ejecutivo de una multinacional, el resquebrajamiento ha hecho mella en las antes cerradas filas del movimiento obrero político y sindical a la hora de enfrentarse al capital(ismo). Las mismas ideas revolucionarias del proletariado de ayer son en nuestros días amarillo reflejo de lo que fueron, negociadas por líderes sindicales convertidos en monarquías casi inamovibles que gozan de la bonancible posición social de los superejecutivos.

En estas condiciones, como señala Eugenio del Río, el trabajo aparece mucho menos que antes como (1) un ámbito de actividad diferenciador; (2) como espacio existencial—los barrios obreros son sustituidos por amplias zonas suburbanas desconectadas de

⁷ En España, entre 1983 y 1992, los hombres ocupados pasaron de un 19,2 % a un 11 % en la agricultura; de un 28,5 % a un 26,6 % en la industria; de un 12 % a un 14 % en la construcción; y de un 40,8 % en los servicios a un 48,9 %, tendencias que no sólo se consolidan sino que aumentan. En este mismo periodo, los porcentajes de las mujeres se modificaron así: de un 16,9 % a un 8,4 % en la agricultura; de un 17,9 % a un 15 % en la industria; de un 0,6 % a un 1,1 % en la construcción; y de un 64,6 % a un 75,5 % en los servicios (EPA).

los lugares de trabajo; (3) como foco de relaciones solidarias que definen una sociedad distinta dentro de la sociedad; y (4) como sustanciador de un tipo moral.

En resumen, la *artrosis* parece haber llegado a un movimiento obrero que ayer tenía conciencia de clase, con el fracaso subsiguiente del mito del proletariado dinamizador, que ya no es sujeto histórico universal carente de intereses particulares ni, en consecuencia, representante de intereses decididamente universales. No es la clase desposeída que debía dar una nueva moral al cosmos entero hasta invertir la imagen del hombre; no aspira por sus magnitudes a "representar un papel unificador o integrador o centralizador de los movimientos populares en la sociedad". El triste, desvitaminado, raquítico y –lo que es peor– "des-moralizado" movimiento obrero de nuestros días arrastra una *vita minima*. Criatura del tiempo, por él ha sido devorado apenas medio siglo después de cantada su alabanza y entonada su palinodia. *Prometeo*, el encadenado pero desencadenador, se ha tornado Prometeo enmudecido y desvanecido; Prometeo que ya nada promete, excepto en épocas electorales, y cuyo parte de guerra bien podría comenzar así: "En el día de hoy, el Prometeo obrero, vencido y desarmado..."

Abuelo Prometeo es hoy un obrero de diseño, diseñador diseñado que no tiene su fin en sí mismo, que no es autotético ni aristotético –esto es, en sentido etimológico, dotado de una finalidad noble–, sino un obrero domesticado que se ha hecho doméstico, mónada con una ventana abierta a su ordenador, que le ordena. Sin altavoces donde resonar como sindicato de clase, sin conciencia de universalidad ni de internacionalismo, sin conciencia de portador del bien, sin conciencia de misión –hoy su misión es sumisión–, sin realidad comunitaria, fragmentado en estratos, subsidiario por el Estado, burocratizado, a la defensa del trabajo de unos pocos, a veces incluso contra la creación de empleo para defender el empleo privilegiado, "desideologizado", "deshistorizado", meramente reivindicante, vuelto de espaldas a los tercermundistas, parasitado por sus propias lites, con sindicalismo de cuota y de gestión y hasta con tantas aflicciones como el santo Job en el estercolero de la historia, para él vale el "principio Boabdil": *llora ahora como desempleado lo que no supiste defender como militante obrero*.

Todo apunta, en fin, a la muerte no sólo del trabajador en general, sino incluso a la del movimiento obrero mismo, es decir, del proletariado que ayer tuviera orgullo y conciencia de clase obrera. Ante un *sindicalismo a la defensiva y astudizo, poco o nada rebelde*, los defensores del libre mercado acusan a los sindicalistas

de obstrucción al proceso de globalización del comercio y de incitar al público al proteccionismo con llamamientos xenófobos. El movimiento obrero responde que las empresas multinacionales reducen los salarios forzando a los trabajadores a competir con mano de obra barata procedente de países del Tercer Mundo. En todo caso, el internacionalismo proletario ya es una quimera, y lo único internacionalizado es el dinero. También él ha mordido la manzana del "principio protestante" e ilustrado, enfermedad yatrogénica introducida por la misma medicina suministrada. La Ilustración autofagocitaria hermenéutico-cartesiana ha devorado todo lo universal, empezando por sus parasitados favoritos, el marxismo⁸ y la Iglesia, lo *católico* en sentido etimológico, es decir, lo *universal*⁹.

3.3 Crisis del ethos mismo del trabajo

Resultaría difícil decir si ha muerto el trabajo, y por eso también la cultura del trabajo, o si a la inversa ha sido la muerte de la cultura del trabajo la que ha contribuido a matar al trabajo mismo. Lo cierto es que en la actual sociedad no rige aquella convicción hegeliana de que el trabajo otorga a los trabajadores su identidad personal y social, su dignidad. Escribía Hegel: *"el carácter ético en este sistema es la honradez y la dignidad de clase, el convertirse –por propia determinación y por la propia actividad, diligencia y habilidad– en miembro de uno de los momentos de la sociedad civil. La moralidad tiene su lugar en esta esfera, en donde la reflexión del individuo sobre su*

⁸ Poco o nada queda ya de aquel Hegel para quien la razón era el conocimiento de lo imperecedero: *"Die Philosophie ist die Wissenschaft von den notwendigen Gedanken, deren Wesentlichen Zusammenhang und System, die Erkenntnis dessen, was wahr und darum ewig und unvergänglich ist"* (Einleitung in die Geschichte der Philosophie, Felix Meiner Verlag, Hamburg, 1959, pág. 23). *Daher die Geschichte: "Die Philosophie ist Vernunftkenntnis, die Geschichte ihrer Entwicklung must selbst etwas Vernünftiges, die Geschichte der Philosophie must selbst philosophisch sein"* (Ibid., pág. 24). *"La historia universal es sólo la manifestación de la única Razón"* (Lecciones sobre la filosofía de la historia universal, Madrid: Alianza, 1975, pág. 44). Hegel llega incluso a decir que es Dios mismo, un Dios inmanente a la historia.

Lo mismo encontramos en Marx, donde la humanidad-razón está llamada a encontrarse en lo universal: *"El comunismo es la superación positiva de la propiedad privada en cuanto autoextrañamiento del hombre, y por ello como apropiación real de la esencia humana por y para el hombre; por ello, como retorno del hombre para sí en cuanto hombre social, es decir, humano; retorno pleno, consciente y efectuado dentro de toda la riqueza de la evolución humana hasta el presente. Este comunismo es, como completo naturalismo, un humanismo, y como completo humanismo es un naturalismo; es la verdadera solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el hombre, la solución definitiva del litigio entre existencia y esencia, entre objetivación y autoafirmación, entre libertad y historia, y sabemos que es la solución"* (Manuscritos de economía y filosofía, Madrid: Alianza, 1968, pág. 143).

actividad, sobre la finalidad de las necesidades particulares y del bienestar es dominante, y la contingencia en la satisfacción de los mismos convierte también en deber una ayuda contingente e individual"¹⁰. "Igualmente se reconoce que pertenece a un todo que es a su vez un miembro de la sociedad universal y tiene interés y esfuerzo en la finalidad desinteresada de ese todo: así **tiene su dignidad en su clase**"¹¹.

En la sociedad de Hegel del siglo pasado, como en la industrial de este siglo, prácticamente hasta 1975, el trabajo constituía la razón social de los obreros así como su referencia existencial: cada cual se preparaba para entrar en la vida laboral junto a otros trabajadores asociados, por lo que esta vida constituía el principal medio de socialización, y proporcionaba al agente laboral una identidad y un valor. Sin embargo hoy, como recuerda Joseph Comblin, los trabajos se tornan transitorios, indiferentes, sin contenido significativo, no albergan en sí mismos una dignidad intrínseca fuera del dinero con que se los retribuye, han llegado a ser —como criticara Marx— *"eine reine Ware"*, pura mercancía. Ni siquiera el trabajo de las elites tiene sentido antropológico, no alude a la solidaridad entre trabajadores, ni a valores humanos en general. Por eso, los jóvenes que alcanzan a rozar con sus manos el precioso tesoro del puesto de trabajo no tocan sin embargo en él ninguna escala de valores, y quedan sin referencias axiológicas. El

En el marxismo, pues, conservando muchos rasgos del cristianismo al que pretende negar, la razón histórica:

a. Conduce a la victoria final de los buenos. La historia era muchas cosas: era el referente de la Razón, y por ende el espacio razonable en cuyo interior los buenos resultaban premiados y los malos castigados; en definitiva el juicio de lo divino inmanente; la historia era el sentido de ese largo peregrinar, que venía de la lucha por la liberación y se encaminaba a la felicidad, y en consecuencia el trecho que debía recorrerse entre el dolor y la sanación; la historia era el *kairós* definitivo del *crónos* contingente humano; la historia era la maestra de la vida, y la madre de la humanidad; era el amor de padres a hijos unidos por la continuidad de un mismo vínculo de sangre y por medio de un mismo orgullo profesional. En suma, la historia producía plenificación, maduración en el caminar, crecimiento optimizador, experiencia humanizadora; era la cuna del relato creacional, pues con ella salió del no-ser, y en su gigantesco devenir asumió su agitada lucha contra el no-ser.

b. Conlleva el progreso que se inaugura con la justicia, es decir, con el comunismo.

c. Expresa la esencia de lo humano —contra lo inhumano—, es decir, de lo universal, el eidos de la razón sobre la Tierra.

⁹ En esta última ha sido sometido a hermenéutica refundacional el Papa, la tradición dogmática, el pecado, la moral sexual, etc. Sin embargo, al arrancar la espina ha arrancado el corazón en favor de las nuevas dispersiones posreligiosas con sus neoangelologías más a la mano.

¹⁰ HEGEL. *Fundamentos de la filosofía del derecho*. Madrid: Libertarias, 1993. Parágrafo 207, pág. 638.

¹¹ *Ibíd.*, párrafo 253, pág. 674.

ethos social no tiene que ver con ninguna escala de valores; hay sistemas de valoración que despiertan emociones y conmociones, pero esos comportamientos éticos erráticos y mutantes se establecen, en todo caso, al margen del mercado.

No, no parece existir un *ethos* común, valores comunes, educación en torno a un mismo *ethos*. También la familia ha dejado de educar en la inmensa mayoría de los casos porque los padres no saben qué pueden o deben transmitir a sus hijos y los abandonan a sí mismos –les proporcionan bienes materiales e instrucción, pero no siempre formación moral–, o a las escuelas, que a su vez los remiten a sus padres, es decir, a nadie, porque las escuelas terminan siendo cada vez más centros de preparación para vencer en el mercadeo. Sin embargo, como recuerda J. Comblin, la mayoría ya sabe desde el comienzo que en esa competencia llevan todas las de perder; a ellos, la educación no les ofrece nada pues la escuela sólo ayuda a quienes se supone que van a vencer en el mercado laboral, y para los otros es inútil cuanto se les enseñe porque nunca lo usarán: los alumnos aprenden ciencias y técnicas que nunca podrán aplicar, y no reciben ninguna preparación para la vida. Para ellos, para la mayoría de los alumnos que nunca alcanzarán buenas posiciones laborales, la educación es pura mitología porque carecen de la menor posibilidad de referir lo aprendido a realidades de su vida cotidiana; una mitología que no les apasiona, una mitología fría, sin contacto con la existencia.

La sociedad ha dejado de comunicar valores porque ya no tiene valores fuera del mercado. No existe, contra lo que preconizan por inercia sus voceros, educación pública. Hay enseñanza estatal –impropiamente denominada pública– para uso privado, muy poco diferente de la escuela privada porque no hay en el Estado idea de lo público, y el Estado mismo ha devenido una estructura de clase para usos privados. Éste es uno de los motivos por el que los Estados dejan que la enseñanza pública entre en decadencia, porque no ven en ella objeto alguno. Además, la tarea de preparar buenos técnicos del saber será, por lo general, algo mejor asumida por instituciones privadas más integradas en el mercado.

La economía del saber o del conocimiento, añade J. Comblin, valora un solo conocimiento: el conocimiento del mercado. Las nuevas técnicas de información y de comunicación permiten acumular y usar millones de informaciones, pero todo lo que se comunica se refiere al mercado. Son informaciones para seleccionar y orientar la producción, para crear u orientar el mercado, para lograr de los capitales los mejores rendimientos. Las

nuevas técnicas y las invenciones científicas benefician a los que saben aprovecharlas económicamente; a los que saben hacer de un descubrimiento una nueva mercancía; tal es el saber de la nueva era económica. La educación prepara para usar las técnicas de comunicación y para saber competir en el mercado, pero se cuidará mucho de no enseñar valores que sólo pueden perturbar el juego del mercado.

La nueva sociedad de las telecomunicaciones tampoco desarrolla en este contexto otra comunicación que la que sirve para designar la red de medios técnicos relativos al mercado. Es una comunicación que no personaliza tanto como "despersonaliza", a pesar de todas las precisiones y excepciones que puedan y deban formularse al respecto.

Es verdad que en algunas escuelas, e incluso en muchas, se hacen todavía exhortaciones moralizantes, aunque en direcciones muy distintas, pero en general todas ellas poco efectivas porque carecen de un *ethos* práctico, concreto, real, enraizado en la vida.

También es verdad que todos los *fundamentalismos* contribuyen a mantener a las masas en una cierta tensión ética. Son un fenómeno de orden y de estabilidad con los que ciertos sectores o grupos procuran defenderse de la desmedulación ética, pero no está claro que los fundamentalismos puedan servir a su vez para la vida de forma concreta y propositiva, no meramente reactiva¹². El *ethos* del fundamentalismo no puede ser un *ethos* común, una base introyectada en el inconsciente colectivo de valores y de normas de conducta social capaces de generar convivencia, sociabilidad, vida en comunidad, socialización personalista y comunitaria.

¡Y, en última instancia, lo más trágico es que todo este enseñar para el mercado se encuentra, a la hora de la verdad, con un mercado realmente colapsado, con una fuerte crisis del trabajo, incluso en los países donde habita el veinte por ciento de la población privilegiada que hace la historia! El panorama resulta verdaderamente preocupante.

4. LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD, HISTORIA DEL TRABAJO: LA GESTA Y EL GESTO

Sin embargo, a pesar de que el movimiento obrero con firme y militante conciencia de clase parezca enterrado y al entierro hayan asistido como oficiantes los propios obispos y jerarquías

¹² Cf. FLAQUER, J. *Fundamentalismo*. "Entre la perplejidad, la condena, y el intento de comprender". *Cristianisme i Justícia*, Barcelona, 1997, 32 págs.

celestes de las centrales sindicales ayer enraizadas en las masas populares, lo cierto es que poco a poco comienzan a “estar dadas las condiciones objetivas” –por utilizar una jerga muy querida a ciertos marxistas dogmáticos de ayer, muchos de ellos hoy reciclados en yuppis– para que un nuevo movimiento transformador vaya formándose, aunque no tenga ya las características del proletariado revolucionario clásico.

El transfondo de esas “condiciones objetivas” a las que aludimos tiene hoy un nombre: desempleo generalizado en el interior de una grave *crisis del Estado de bienestar*. Todo apunta a que aquellas discusiones del siglo XIX entre Marx y los economistas liberales burgueses no fueron accidentales ni han sido resueltas. En efecto, uno de ellos, Jean Baptiste Say, fue de los primeros en argumentar que la oferta genera su propia demanda y que “*un producto, tan pronto como es creado, desde ese mismo instante, proporciona un mercado para otros productos en su mismo ámbito, de suerte que la creación de un producto abre, de forma inmediata, un abanico para otros productos*”, lo que no se ha mostrado en absoluto verdadero con el transcurso del tiempo. Mientras tanto, sin embargo, era y sigue siendo mucho más certera la tesis de Marx, cuyos enterradores parecen haberle enterrado mal pues se les remueve dentro de la tumba. Marx consideraba, en efecto, con todo realismo, que el esfuerzo realizado por los fabricantes para proseguir con su tarea de sustitución del trabajo humano por las máquinas terminaría siendo derrotado por la propia actitud de estos fabricantes. Efectivamente, mediante la eliminación directa del trabajo humano del proceso de producción y mediante la creación de un ejército industrial de reserva cuyos salarios podrían ser constante y permanentemente reducidos, los capitalistas podrían estar cavando inconscientemente su propia tumba puesto que serían cada vez menos los consumidores con suficiente nivel adquisitivo para comprar los productos. En consecuencia, hay que remozar la estrategia militante, adecuar su acción a las nuevas circunstancias a las que la evolución del trabajo mismo, y no otra cosa, ha conducido.

4.1 Telépolis, larópolis

Así las cosas, y en un contexto histórico totalmente diferente, en las últimas décadas se comienza a especular sobre una nueva sociedad de la información y la comunicación para la que se han propuesto múltiples denominaciones: *sociedad posindustrial* (Bell y Touraine), *sociedad de consumo* (Jones y Baudrillard), *aldea global* (McLuhan), *sociedad del espectáculo* (Debord), *era tecnocrónica*

(Brzezinski), *sociedad informatizada* (Nora-Minc), *sociedad interconectada* (Martin), *Estado telemático* (Gubern), *sociedad digital* (Mercier-Plassard-Scardigli), *sociedad poschimeneas*, etc., etc.

Tecnópolis y homo digitalis: esto es el presente. Una revolución silenciosa ha venido operándose en los últimos tiempos: "Desde que las redes telefónicas han dejado de ser analógicas y se han digitalizado, las posibilidades de codificación y de transmisión se han ampliado considerablemente, como resulta claro cuando pensamos en artefactos como el fax o el módem. A pesar de que los cables de esta red estaban inicialmente diseñados para transmitir sonido, la digitalización ha permitido que fluyan textos, imágenes y datos de todo tipo a través de los hilos de cobre. Cara al futuro, el teléfono está considerado como una de las bases tecnológicas a partir de las cuales se construirán las llamadas autopistas de la información, además del cable de fibra óptica, la televisión hertziana y los satélites artificiales"¹³.

La telemática, nuevo sistema de interrelación a distancia, del que la red *Internet* es, hoy por hoy, el canon principal y que por ahora se desarrolla sobre todo en las oficinas, en las empresas y en las instituciones transformando el sector productivo, "tiene su base en representaciones que circulan a través de las pantallas de los ordenadores. Las redes telemáticas permiten transferir de manera cuasi-instantánea sonidos, textos, imágenes y bases de datos de un punto del planeta a cualquier otro, y por consiguiente desde un hogar a otro. Tratándose de una estructura horizontal e interactiva, que además conserva memoria de todo lo que ha sido transferido, representa la cota más alta a la que está llegando la revolución doméstica"¹⁴. Todo es nuevo, demasiado nuevo. Un enorme montón de palabras que han entrado en la última década en nuestros vocabularios básicos para poner nombre a tanto *neísmo* sin duda alguna dejarían estupefactos a los hombres y las mujeres de ayer, palabras muchas de ellas relacionadas con las comunicaciones y el ocio, que es donde más se ha movido todo¹⁵.

Así las cosas, se puede tomar como foco para el análisis de la realidad social no el *domus* o espacio doméstico, sino la *pólis* en

13 ECHEVERRÍA, J. *Cosmopolitas Domésticos*. Barcelona: Anagrama, 1995, pág. 105.

14 ECHEVERRÍA, J. *Op. cit.*, pág. 115.

15 He aquí, como breve muestra, algunos términos de ese *Diccionario de nuevos términos* posible, la mayoría de ellos horribles y serviles anglicismos, ya sean anglogénicos o directamente ingleses: *airbag*, *bonobús*, *bonoloto*, *busca*, *cajero automático*, *carrilero*, *cátering*, *CD Rom*, *compact*, *contestador*, *cuponazo*, *chip*, *chequeo*, *chupa*, *descodificador*, *disquete*, *ecu*, *escanear*, *esponsorizar*, *estrés*, *euro*, *faxear*, *flipar*, *formatear*, *guay*, *hardware*, *internauta*, *karaoke*, *lambada*, *lifting*, *light*, *liposuc-*

cuanto que compuesta por estructuras reticulares extendidas por todo el planeta, la *Telépolis*¹⁶.

Pero también se puede partir del *domus* y hablar entonces de una *revolución doméstica*, de un "larocentrismo" o de una "hogarótica" que profetiza la transformación de la cueva de terciopelo en una *telecasa*, caverna electrónica o cabaña telematizada de un *cosmopolitismo doméstico*¹⁷.

4.2 ¿Se hace pública la vida privada, o se hace privada la vida pública?

En todo caso estamos ahí en la era del *telemirador*. Para un *telepolita de butaca* –ya no cabe hablar de "ciudadanos de a pie", sino de *ciudadanos en la red*– toda la vida social pasa por su salón.

Así las cosas, autores como Baudrillard han comenzado a hablar ya del *fin de lo social*¹⁸, pero otros como Javier Echeverría piensan, por el contrario, que la vida privada de las telecasas se hace pública y pasa a ser difundida por toda la red; por eso aparecen una y otra vez ciudadanos contando sus miserias y sus desgracias amorosas o, si se quiere, haciendo doméstica la ciudad a distancia. Así pues, en la telecasa no sólo tiene lugar la invasión de los ámbitos privados por lo público, como frecuentemente suele decirse; eso puede valer para el espectador *pasivo*, esa inmensa mayoría analfabeta que se dedica a ver y a admirar en sus casas lo que los otros han escrito, pero sin llegar a leer ni a escribir esas imágenes escritas que se proyectan en la pequeña pantalla. También se produce el proceso inverso: la televisión puede ser considerada como una nueva forma de escritura. No basta con ver las imágenes televisadas, hay que aprender a *leerlas* pero, sobre todo, hay que llegar a saber *escribirlas*. Espectador *activo* de *telépolis* será esa pequeña minoría alfabetizada en la escritura digital imperante.

Como decíamos, el televisor o telemirador podría estar desconectado cuando uno no quisiera *televisarse con otros*, o lo contrario; y podría hablarse incluso de una *democracia participativa*

ción, litrona, mailing, márketing, máster, mediático, módem, mountain-bike, movida, móvil, multipropiedad, paddle, parabólica, pins, quinielón, reality show, rol, senderismo, servofreno, skins, software, squash, telemando, teletienda, tetrabrik, top-model, videoclip, videoconsola, virus informático, walkman, windsurf, zapeo, etc.

¹⁶ ECHEVERRÍA, J. *Telépolis*. Barcelona: Destino, 1994.

¹⁷ ECHEVERRÍA, J. *Cosmopolitas Domésticos*. Barcelona: Anagrama, 1995.

¹⁸ *Cultura y Simulacro*. Barcelona: Kairós, 1984, pág. 132.

según el uso de los telemedios. Los espacios domésticos se hacen, pues, más y más cosmopolitas según pasan los años.

Del mismo modo, se trataría de fomentar la elaboración de *materiales educativos* aptos para ser difundidos en las telecasas a fin de que la escuela tuviera una presencia en los ámbitos domésticos. Lo mismo cabe decir de los *materiales científicos*. Mediante el servicio de transferencia de ficheros (FTP) resulta ya posible acceder a programas de ordenador de dominio público, a bases de datos y a las publicaciones científicas con soporte informático. Así se ha modificado radicalmente la producción científica por efecto de esta telematización, capaz de organizar *universidades a distancia*, *telesimposios*, *teleconferencias*, etc., mediante estas redes. En una palabra, que la investigación científica se vuelve ubicua: el mundo en casa.

Asimismo, la telemática ha abierto la posibilidad de un trabajo productivo a distancia, un *teletrabajo*, que ya cuenta con apologetas y con detractores.

Los primeros –los empresarios, etc.– alegan en su favor que el trabajo queda registrado y puede ser mejor controlado, que suele comportar aumento de la productividad, que permite contrataciones temporales y por módulo de obra realizado, con el consiguiente ahorro en salarios y en cargas sociales, aunque para todo ello se requieran inversiones telemáticas considerables, así como cambios en la organización de las empresas. Al trabajador le favorecería la flexibilidad del horario, la disminución de los desplazamientos, la mayor disponibilidad de tiempo y una cierta autonomía en el modo de organizarse el trabajo.

Los segundos –los movimientos sindicales, etc.– arguyen retorno al taylorismo, insolidaridad, aislamiento y separación del trabajador respecto de sus compañeros, reclusión en la casa, sociedad abstracta o despersonalizada.

Y tampoco faltan los neutrales, para quienes la justicia, la felicidad y demás valores eticopolíticos dependen de la actitud, del uso que hagan los seres humanos de las tecnologías, y no de las tecnologías mismas.

4.3 ¿Cosmopolitismo doméstico?

Así las cosas, *“Internet no está basada en una estructura territorial, aunque también incluye un sistema de conexión entre las redes locales y nacionales. Telépolis no destruye ese tipo de organización geográfica, pero sí la trasciende y la supera. Numerosas redes incluidas en Internet han sido diseñadas en función de criterios profesionales, o*

simplemente en función de servicios que pueden resultar para cualquiera de sus usuarios, independientemente de su ubicación geográfica. La red *Fidonet*, por ejemplo, es un sistema de boletines electrónicos o tabloneros de anuncios en los que cada usuario puede proponer los intercambios que desee y comunicar aquello que pueda interesar a sus interlocutores. La variedad de anuncios que aparecen en esos tabloneros electrónicos es inimaginable, y se corresponde muy bien con la complejidad de toda sociedad civil¹⁹. Y ahí se fundamentaría el cosmopolitismo doméstico, en la conexión a esa red, pues –con los correspondientes permisos– desde su domicilio cada *internauta* puede consultar cualquier base de datos, acceder a medios de comunicación no oficiales, intercambiar correspondencias diversas con desconocidos de todo el mundo, etc.

En fin, que Telépolis es Cosmópolis por no ser ella un Estado único universal, ni moverse por razones de Estado, sino una polis desterritorializada, plural, que tiene como referente principal a los individuos en su intimidad y presta atención a numerosas actividades que desde el punto de vista del poder estatal habían sido consideradas menores, como los juegos y las artes domésticas.

4.4 Et nova: este tecnoparaíso...

Lo cierto es que la historia ha impuesto su ley, y muchos hablan ya de la ley del *tecnoparaíso*, que cuenta con visionarios *tecnoutópicos*. Una nueva generación de sofisticadas tecnologías ha irrumpido en campos, fábricas y talleres. Yoneji Masuda, uno de los más importantes artífices de la revolución japonesa de los ordenadores, prevé una futura utopía basada en dichos ordenadores, gracias a los cuales el tiempo libre –dando a los seres humanos la libertad para determinar voluntariamente el uso de su propio futuro– sustituirá a la acumulación material como el valor importante y el objetivo supremo de la nueva sociedad. Los panegiristas del tecnoparaíso defienden la inminente llegada de un excitante nuevo mundo industrial caracterizado por una producción automatizada a partir de elementos de alta tecnología, por un fuerte incremento en el comercio global y por una abundancia material sin precedentes. Con una casi completa automatización, las *máquinas inteligentes* o *máquinas pensantes* están sustituyendo poco a poco a los seres humanos inteligentes y pensantes en todo tipo de áreas, y se realiza así el sueño de los diseñadores del *hombre máquina*: que el robot pase por hombre, una vez que el hombre ha dejado de ser robot.

¹⁹ ECHEVERRÍA, J. *Op. cit.*, pág. 119.

Las maravillas de la moderna tecnología podrán ponernos definitivamente a salvo de todos nuestros temores. Por vez primera en la historia muchos seres humanos –argumentan los tecnófilos– van a quedar liberados de un gran número de horas de trabajo y, así, van a adquirir una mayor libertad para llevar a cabo más actividades de tiempo libre. Se ha iniciado una nueva era en la historia, era en la que el ser humano quedará liberado a la larga de una vida de duros esfuerzos y de tareas mentales repetitivas. Hasta el más humilde podrá, con su tecnotarjeta electrónica, dar la vuelta al mundo en 24 horas con cargo a la Seguridad Social. Lo que ningún emperador, rey, príncipe o potentado de ayer pudo haber soñado, eso lo tiene ya casi a mano el más tonto del pueblo. En la aldea global de la humanidad todo será limpio, fácil, abundante, viviremos virtualmente sensaciones nunca soñadas, habitaremos otros planetas, poblaremos el mar, y todo será posible. Será el triunfo total de Julio Verne. Entre el hombre del siglo XX y el del XXI habrá más distancia que entre el hombre de las cavernas y el del siglo XX.

De momento, en el tecnoparaiso inminente existen trabajadores, pero *muy estratificados, muy fragmentados*, sin formar una clase y sin conciencia de clase obrera, a lo sumo con reivindicaciones estamentales, corporativas y gremiales:

los *blue-collard (cuello azul)*, a saber, empleados fabriles, mano de obra, mecánicos, etc., en lenta y progresiva disminución;

los *white-collard (cuello blanco)*, aquéllos cuya vida laboral se desarrolla básicamente en una oficina: ejecutivos, administrativos, asesores fiscales, docentes, etc.;

los *pink-collard (cuello rosa)*, que se identifican con las labores habitualmente desarrolladas por mujeres: secretarias, peluqueras, asistentas, así como con otros sectores de servicios;

los *silicon collard (cuello de silicio)*, aquéllos que poseen una alta especialización en temas relacionados con las nuevas tecnologías de un mundo basado en el vidrio y en el silicio.

5. DEL OBRERO DE ANDAMIO AL TRABAJADOR EN LA RED. ¡MÁS DIFÍCIL TODAVÍA!

5.1 Siete desafíos

La celeridad misma de los cambios, ya analizada, parece colocarnos hoy ante una creciente identificación del trabajador con el experto en redes interactivas, de modo que queda incapacitado para salir en la foto el que no sabe entrar en dicha red informática, sin duda el nuevo circo de los trabajadores. Trátase ahora

de redes invisibles, informáticas, de fibra óptica, de cable, de satélite, pero nadie negará que son también redes de retiarios circenses, redes de gladiadores donde, tras los espectáculos virtuales, continúa jugándose, hoy como ayer, la vida y la sangre de los más pobres y de los más débiles, mientras los mismos Césares y Nerones bajan su disciplente pulgar condenando a muerte a los vencidos, tocan la lira con eternas poses ante la cámara y derraman alguna que otra lágrima sensiblera para que no se diga.

En ese neocirco el neotrabajador no puede permitirse el lujo de despistarse un momento, no vaya a ser que le ocurra lo mismo que a Luis XVI, quien, ignorante de la gravedad de lo que se está cocinando, en la mañana del 14 de julio de 1789, cuando su cabeza ya pendía de un finísimo hilo, anotó en su diario esta única palabra para resumir el que él suponía un día tedioso: "*Rien*", nada.

El capital nunca descansa y, si él se levanta, el trabajador no debe irse a la cama. Del mismo modo que sus antecesores obreros buscaron penosamente fórmulas asociativas entre el canto y el llanto, ellos también tendrán que llorar su presente mientras siembran las nuevas semillas, si es que quieren poder cantar algún día cuando vuelvan recogiendo las gavillas. Todo tiene su tiempo de llanto y su tiempo de esperanza, pero hay que comenzar ya, porque demorarse es perder. Esto significa entre otras cosas que:

5.1.1 Lo lúdico y lo laboral, ¿frontera fácilmente transgredible?

Aun cuando, en la era del teletrabajo, se le planteen al humano muchas posibilidades laborales antes insospechadas y se desmoronen viejas fórmulas asociativas antañonas –obviamente los sindicatos clásicos desaparecen ahora, pulverizada la clase obrera en mil estratos de clase y en subclases y desaparecida, por ende, la conciencia de clase común–, sin embargo *también eso forma parte de la historia del trabajo*. Mientras las cosas no se hagan por sí mismas, estaremos en la era del trabajo; todo lo que no sea automatismo será laboriosidad, detrás de un automatismo habrá un trabajador.

¿Y qué pasaría si llegara el momento final del autómatas aucontentido, "per-fecto", respondiente en toda circunstancia, no necesitado de ningún control, de ninguna corrección, de ninguna modificación humana? De llegar tal momento sería –ahora sí– el momento de la era del juego, *el paso del homo faber al homo ludens*. Esté o no cercano este futuro, para comenzar a jugar probablemente habría también que trabajar en la elaboración de los diversos sistemas de juego, ya que, en dichos casos, entre el juego y el trabajo no se aprecia hoy una distinción cualitativa, una vez que

se han eliminado de los trabajos los aspectos más penosos, mecánicos, estresantes y degradantes.

5.1.2 ¿Dialogar a distancia, más fácil que dialogar en presencia?

Mientras tal momento no llegue, ayer, hoy, y siempre, el actual *neotrabajador con rostro de internauta* joven tendrá ante sí la posibilidad de actuar honesta o deshonestamente consigo mismo y con los demás: mientras Internet nos permite interactuar con personas a miles de kilómetros de distancia, los prejuicios raciales, étnicos, etc., nos impiden muchas veces *dialogar* con nuestro vecino de pupitre.

Sin duda los parámetros cerca-lejos han variado con la era tecnotrónica; quizá podamos aprender a tratar al lejano como cercano, aun con el riesgo de tratar al cercano como lejano.

5.1.3 ¿Código de honor?

De modo semejante a como se hacía en los viejos relatos, el moderno internauta lanzará a la ruta náutica común su humilde botella con mensajes de esperanza relacional, aunque no falten tampoco en ese retículo los mensajes agresivos y desesperanzadores: también mañana el elogio de la competitividad disimétrica debería estar contemplada en el Código Penal como apología del terrorismo²⁰. Como siempre también, en torno a Ciber-red habrá posiciones disputadas, lo mismo entre los enchufados a ella que entre los excomulgados o excluidos del nuevo paraíso cibernético mágico.

Y, como siempre, habrá que formular un código de honor

²⁰ En Internet están los planos para fabricar la bomba atómica, pero cualquier físico especializado la conoce desde 1945, y además ningún privado puede elaborarla por falta de medios. Sí hay, lamentablemente, instrucciones detalladísimas para fabricar potentísimos explosivos desde la propia casa, y además el responsable de que esa información estuviese allí era un estudiante de 19 años de una universidad canadiense: basta un inmaduro necesitado de un hervor, un amargado o un pirado para que el mal haga su efecto en el mundo. Es célebre el caso de la página *web* de HB, donde se defendían las tesis del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) y de la organización terrorista ETA, que en cierta ocasión apareció con su información completamente cubierta de lazos azules por grupos expertos en informática de ideología opuesta. Para evitar la posibilidad de que en las *webs* aparezcan imágenes y mensajes pornográficos, y de otro tipo, ya existen numerosas herramientas de *software*, como SurfWatch (Vigilancia del Surfeo, así de horrrisonamente se ha traducido, como suele ser habitual), o NetNanny (La Niñera de la Red), que bloquean el acceso a lugares donde aparecen palabras como sexo o pornografía. En todo caso, siempre existirán dudas sobre dónde termina el derecho a la libertad de expresión, y si es legalmente admisible que haya lugares *web* donde se defienden ciertas cosas (cf. el dossier "Su ordenador. Guía práctica de informática e Internet". En *El Mundo*, 1 de junio de 1997).

para expulsar a los piratas, a los bandidos, a los malos, para que los buenos puedan navegar y encontrarse, ya que un sistema parasitario y autodestructivo terminaría con la propia red, devorado por la entropía. De lo contrario, no se habrá avanzado nada, se obtendrá más de lo mismo y, por consiguiente, se anulará la supuesta novedad con su supuesto atractivo correspondiente.

Pero entonces la pista cerrada llevaría a la necesidad de abrir otras nuevas, toda vez que, cuando un sistema resulta disfuncional para la estructura, es sustituido por otro.

5.1.4 ¿Socializar o solitarizar?

Hoy como ayer, las paradojas viejas darán lugar a otras nuevas. En efecto, vivimos en un mundo-retículo, en una aldea global que ha pulverizado las distancias, multinacionalizado la vida, interactivado la economía, hipoespaciado los hiperespacios, todo bajo el signo de un *homo cosmicus*; sin embargo, no se ha producido la socialización creciente, el intercambio de los bienes, la misericordia y la solidaridad entre los tres mundos. Del mismo modo, el obrero comunicado que trabaja a distancia se encuentra, sin embargo, más solo que nunca con su teletrabajo, bajo el primado de lo invisible –¿no eran Piotr Kropotkin o Diego Abad de Santillán en su celda más libres y estaban más comunicados que ese teleobrero?–, cuanto más comunicado tanto más aislado.

Dado que el ser humano es sociable por naturaleza, lo que no le aporte una red lo buscará en otra. Podrá, en todo caso, buscar apoyos comunicativos en la red, servirse de sus prestaciones, pero la relación cara a cara nunca resultará equiparable a ninguna otra relación “virtual”.

5.1.5 ¿Insularización en las microcápsulas informáticas o democracia directa?

Por supuesto, también mañana cabrá utilizar las posibilidades telecomunicativas en favor de una democracia participativa, autogestionaria, de carisma directo –plebiscitos en tiempo real, democracia de masas cara a cara que facilita el compartir²¹, como antes lo quiso J.J. Rousseau pensando en una planificación de todos los ciudadanos, ahora por vía de ordenador– o, por el contrario, unas pocas manos invisibles, al cuidado de unos pocos

21 “Con 50 personas por banda o 150 por aldea, todo el mundo se conocía íntimamente, y así los lazos del intercambio recíproco vinculaban a la gente. La gente

expertos, con los EEUU al fondo, utilizarán las redes a modo de cables de alta tensión para achicharrar vivos a cuantos “pajaritos” conecten con ella.

5.1.6 ¿Justicia o injusticia?

Como en cualquier otro momento histórico, continuará habiendo arribas y abajos, cercas y lejos, grandes y pequeños, pronto y tardes, fines y medios, míos y tuyos en la cuestión de las nuevas tecnologías, es decir, en el acceso al poder gracias a ellas. Sin embargo, en medio de todo eso, seguirá espoleándonos la necesidad de encontrar la medida de una humanidad civilizada, medida que, como dijera Primo Levi, ha de ser aquélla en que la sabiduría y la eficacia de sus leyes impidan que un hombre débil se vuelva demasiado débil y que un individuo poderoso llegue a ser demasiado poderoso.

Así pues, mucho cuidado, no nos engañemos. El problema de la justicia no está, por tanto, en la tecnología, sino *en la propiedad privada de los medios de producción, en el reparto*, justamente allí donde Marx lo situó. Por eso la humanidad deberá volver por los mismos fueros y replantearse si hay derecho a que, en una sociedad informatizada donde ya apenas nadie trabaja porque los ser-votrabajos están a cargo de robots, la mayoría se vea privada de casi todo para que una minoría lo tenga casi todo.

92

5.1.7 ¿Estado de cable o “cableado”?

Por no faltar nada, no faltará el Estado, ahora quizá convertido en Estado-Cable –Estado con vocación de dios, Gran Máquina de gran ordenador, robot robotizante–, última versión del Estado-Yo, de aquel rey Luis de Francia. Ni siquiera será novedad que a los franceses mismos pueda “cablearles” más que a un chino eso de no ser el país-cable por excelencia. En definitiva, hasta del cable puede hacerse una utopía de baja intensidad, quizá menos intensa que el fútbol... a no ser que se emita fútbol por cable, en cuyo caso el fin y los medios coincidirían, dicho sea sólo en broma esto último.

También en este ámbito se verá que lo intolerable –lo

*ofrecía porque esperaba recibir, y recibía porque esperaba ofrecer. Dado que el azar intervenía de forma tan importante en la captura de animales, en la recolecta de alimentos silvestres, y en el éxito de las rudimentarias formas de agricultura, los individuos que estaban de suerte un día, al día siguiente necesitaban pedir. Así, la mejor manera de asegurarse contra el inevitable día adverso consistía en ser generoso. El antropólogo Richard Gould lo expresa así: ‘Cuanto mayor sea el índice de riesgo, tanto más se comparte’. La reciprocidad es la banca de las sociedades pequeñas” (HARRIS, M. *Jefes, cabecillas, abusones*. Madrid: Alianza, 1993, págs. 6-7).*

mismo ayer que hoy y que mañana— no es la retransmisión del fútbol o de lo que fuere, sino su monopolio, es decir, la monopolización de las retransmisiones por unas cuantas empresas feudales, aunque se trate de un feudalismo vía cable.

5.2 Ánimo, pues, que no decaiga

Ánimo, en fin, que no decaiga: la humanidad tiene siempre planteados problemas humanos y, en consecuencia, sólo aquéllos que puede resolver si sabe, si quiere, si persevera y si es buena. *Nunca fue posible vivir el mañana sin las luchas del hoy nuestro de cada día*, de un hoy tanto más actual cuanto más se reconoce en su ayer. Imposible prescindir de ninguno de los tres rostros de un mismo tiempo, a la vez pasado, presente, y —por ellos— futuro. Pero, a su vez, imposible prescindir del trabajo porque el rostro trimorfo del tiempo está labrado sobre la dura roca de dicho trabajo: la identidad temporal del humano está tejida en el manto de su laboreo, por mucho que hayan cambiado las circunstancias y los tiempos y los ritmos de ese trabajo.

Variarán las formas y los tiempos de dedicación al laboreo, ni siquiera cabe descartar ya que el trabajo del futuro sea una actividad que termine haciéndose sin “trabajar”, con máquinas o sin ellas, moviendo las manos o sin mover un músculo, pero todo eso forma también parte de la historia pasada del laborar y del presente del laboreo mismo.

El historiador y el antropólogo trabajan con un problema común, a saber, el carácter todavía —lo mismo ayer que hoy— no fijado y mutante de las gestas humanas. Ambos, antropólogo e historiador, contemplan lo humano como realidad profunda, transversal, no segmentable ni abstraible de su diacronía. Pero ninguna gesta transversal de la humanidad puede entenderse sin la historia de sus *gestos* cotidianos, es decir, de su laboriosidad diaria por la que se gana el pan que come. Por eso, la historia del movimiento obrero —en su doble dimensión de *faber faber* y de *faber sapiens*— quintaesencia la *historia de la humanidad*. El enfoque y el comportamiento de una huelga, el planteamiento del reparto del trabajo cuando éste es escaso, etc., miden la estatura del *faber* en cuanto que *homo*; por ese motivo, es decir, porque la gesta pasa y el gesto queda, continúa siendo absolutamente cierto que la historia de la humanidad es la historia de la evolución del trabajo y, por ende, la historia de la lucha de clases, lo dijera Marx o lo dijera Menox, da lo mismo.

6. POR UNA CIUDAD DEL FUTURO VALIOSA Y CON MEMORIA DEL PASADO, APORÍAS INCLUIDAS

6.1 Reducción de la jornada laboral y reparto del trabajo. Primera aporía: ¿quién le pone el cascabel al gato?

En última instancia, cada generación tiene que sacarse a sí misma las castañas del fuego, vía canal satélite digital o por la vía de cavernas y hachas de piedra, como el *homo antecessor* de Atapuerca. Para luchar contra sus fallas tiene la tecnología adecuada. *Lo que hay que hacer es introducir hábito humano en la fibra altamente sofisticada de la última tecnología.* Con instrumentos de la Edad de Piedra o con medios cibernéticos, la solución no puede darse de espaldas al alma humana, a la conversión.

A diferencia del *homo atapuercensis*, cuyos problemas eran otros –para ellos tan perentorios como para nosotros los nuestros–, en la presente generación escasea el trabajo y, a la larga, la única solución pasa por *reducir la jornada laboral para compartir el trabajo*, tanto en el sector público como en el privado, si no quiere exponerse a estallidos sociales cada vez más graves y a convulsiones permanentes que a la larga arruinen a todos. Aunque sólo sea por instinto de conservación, no puede continuar así. Ahora bien, *primera aporía: ¿quién le pone el cascabel al gato?*

6.2 Segunda aporía: el asalariado

Pero si esta proclama genérica podemos asumirla todos, sin embargo la rechazamos cuando afecta a nuestro propio bolsillo. Muy pocos aceptarían por solidaridad altruista compartir su tiempo laboral *y por ende su salario* con aquéllos que hoy carecen de lo uno y de lo otro. Tanto los perceptores de sustanciosas nóminas unipersonales, como los hogares donde entran varios sueldos con la misma bonanza dineraria final, rechazarían a sangre y fuego cualquier propuesta en esa dirección.

Todos tienen derecho al trabajo, de acuerdo; pero cuando se les ofrece un trabajo no remunerado en favor de los demás, lo rechazan: no es el derecho al trabajo lo que reivindican, sino el derecho al dinero, que siempre parece poco porque las necesidades son elásticas. *Segunda aporía: contad conmigo, pues, mientras no afecte a mi bolsillo.*

6.3 Tercera aporía: las cuevas del señor Cuevas

Todo iría muy bien si se lograra avanzar con una trayectoria

previamente planificada, permitiendo que los trabajadores se beneficiasen de los incrementos de la productividad derivados de la aplicación de las revoluciones tecnológicas de la información y de las comunicaciones e incrementando parigualmente, por compensación, la hora trabajada. De este modo, con menores jornadas laborales, se obtendrían los mismos ingresos. Eso resultaría bastante interesante, siempre y cuando esos salarios no tuviesen que pagarlos los señores patronos, claro. El problema está en que los empresarios no son precisamente las hermanitas de la caridad. Por el contrario, semejan más bien sanguijuelas nunca satisfechas con extraer todo el jugo de los operarios. En España, desde luego, los representados por el señor Cuevas –la patronal, los dueños del trabajo, los *Arbeitsgeber*– parecen vampiros tenebrosos reunidos en una permanente noche cavernosa o, si esto parece demasiado, planíferas permanentes. ¿Qué diríamos en México de los dueños de las maquiladoras?

Ni que decir tiene que, a los empresarios no les importaría nada –ellos son así de marchosos– que el Estado se hiciese cargo de todos los gastos derivados de la disminución de la jornada laboral de los “señores trabajadores”, en terminología del superejecutivo hispano-alemán López de Arriortúa, que en sus modales es un señor muy fino y muy educado.

El problema radica en que el Estado carece de recursos para pagar a inactivos; por el contrario, no parece excesivamente dispuesto a proporcionar demasiadas alegrías ni siquiera a sus propios funcionarios activos. Que se reduzca la jornada laboral, ¡hip hip, hurra!; que se mantenga el nivel salarial de los trabajadores cuya jornada ha sido disminuida, ¡hip, hip, hurra! Pero... *Tercera aporía: que pague el Estado los vidrios rotos ¡hip, hip, hurra!*

6.4 Cuarta aporía: papá Estado ya no da la cara por sus ciudadanos

Dos posibilidades habría para que el Estado se hiciese cargo de esta “patata caliente” que rechazan lejos de sí los habitantes de la cueva de Alí Baba y sus cuarenta empresarios.

Posibilidad primera: el Estado podría fomentar una mayor ocupación y una mayor ayuda al sector social deprimido proporcionando un *salario fantasma* –reducciones de impuestos y exenciones fiscales por cada hora de trabajo voluntario– a aquellos que, tras haber visto reducida su jornada laboral, entregan sus horas libres a las organizaciones benéficas legalmente establecidas al efecto –servicios sociales y asistenciales, desarrollo comunitario,

asesorías, protección del medio ambiente, etc.—, que deberían justificar esas horas rigurosamente. De este modo, aunque “fantasmalmente”, sería el Estado quien corriese a cargo de la reforma pues dejaría de ingresar en sus arcas todo lo que así desgrava. La generosidad, pues, va con cargo a la Hacienda Pública y a los presupuestos generales del Estado.

Pero ¿cómo podría el Estado permitirse a su vez el lujazo de desgravar a santísimos obreros con jornada aminorada, cuando lo que parece es que su voracidad recaudadora es similar a la de los fantasmas hambrientos del budismo? ¿No iba a entrar demasiado poco gas en una caldera como la estatal, tan necesitada de gran presión?

Posibilidad segunda: el Estado debería considerar la posibilidad de establecer *salarios sociales* como alternativa a los pagos y beneficios de la asistencia pública por parte de los trabajadores desocupados que estuvieran dispuestos a ser reciclados y reorientados como trabajadores sociales en el “tercer sector”, reciclado y reorientación que podría correr a cargo de los servicios del propio Estado —al modo como, por ejemplo, se hace en los cursos del Instituto Nacional del Empleo español (INEM)— o a cargo de Organizaciones No Gubernamentales (ONG) reclutadoras sin ánimo de lucro.

Un salario social adecuado permitiría que millones de ciudadanos en paro tuviesen la oportunidad de ayudarse a sí mismos a través de la colaboración con miles de organizaciones comunales, comunitarias, comunizantes, o como se las quiera llamar. Además, gastar el dinero en ese salario social siempre sería mejor que continuar financiando programas de beneficencia o de bienestar social y la costosa burocracia de sus correspondientes programas de mantenimiento —las “leyes de pobres”—, que tan sólo sirven para perpetuar la pobreza, en lugar de aliviarla. Por otra parte, ese salario social beneficiaría tanto al sector público como al privado, con el crecimiento del poder adquisitivo de los ingresos sujetos a impuestos y permitiría, además, reducir la tasa de criminalidad y el coste de mantenimiento del orden público, social y legal.

Lo cómico es que las centrales sindicales de los empleados públicos de los EEUU ya se han manifestado contrarias a las nuevas propuestas de reforma del sistema asistencial y han expresado su temor a que cientos de miles de sus miembros pudieran ser sustituidos por gente pobre forzada a abandonar el subsidio de desempleo para realizar servicios a la comunidad. Esta reacción, si bien se mira, no carece de lógica, pues viste a un santo —el carente de empleo— para desvestir a otro —el sindicalista— pero, si se mira toda-

vía mejor, pone de relieve la condición esperpéntica de los *liberados sindicales* que, actualmente carentes de la menor conciencia de clase, se autodelatan como mendigos acogidos permanentemente a un privilegio del que no quieren verse desalojados o, si se prefiere, como parásitos de los parados.

Respuesta del Estado: mientras tanto, el Estado, con cara de póker, replica: ¿Yo desgravar para ayudaros a mantener vuestro nivel adquisitivo?, ¿yo pagar a trabajadores sociales además de los que ya tengo en nómina? ¡Ah, no, hijos; no! ¿Es que no sabéis que Yo, el Estado, a duras penas tengo ahorros para pagar a mis propios funcionarios, a los que me veo obligado a congelar el sueldo? Además, ¿por qué queréis cargarme con más personal dependiente de mí?, ¿es que no veis que todos los Estados estamos tirando lastre, adelgazando, neoliberalizándonos, privatizándonos? El problema del paro es vuestro, muchachos. ¿Acaso no decíais, cuando erais comunistas, que la liberación de los trabajadores es cosa de los trabajadores mismos? Pues ¡de acuerdo!: ¡la laborización de los deslaborizados es cosa de los deslaborizados mismos! ¡Ea, pues, ponedle vosotros ese cascabel al gato pero, por favor, a mí no me creéis más problemas, que ya sois mayorcitos y yo he dejado de ser un Estado-papá! ¡Entendeos con vuestros patronos como corresponde a parejas de hecho bien avenidas! Por lo tanto, camino cortado, callejón sin salida. *Cuarta aporía: papá Estado ya no financia a sus niños.*

6.5 Quinta aporía: reducción del Gigante sin que les caiga encima a los enanos

Se podrían conseguir fondos para luchar contra el desempleo recortando más o menos drásticamente los gastos militares. Habida cuenta del inmenso caudal que se pierde por esa vía de agua, las cosas mejorarían enormemente con taponarla.

Además de lo referente a los recortes drásticos en gastos "de defensa" —ya se sabe que no hay mejor defensa que un buen ataque!—, serían necesarias medidas tales como:

la eliminación de subsidios innecesarios a las empresas multinacionales;

la reducción de las burocracias en la asistencia social, que se quedan entre sus uñas con los recursos que deberían destinarse a los verdaderamente necesitados;

la creación de nuevos impuestos tales como: impuestos en la tasa sobre el valor añadido de todos los productos y servicios no esenciales —mediante la aplicación de impuestos sobre el gasto, en

lugar de aplicarlos sobre los ingresos, la carga impositiva se traslada de perjudicar el trabajo a poner limitaciones al superconsumo—, impuestos sobre productos y servicios derivados de las revoluciones producidas por las tecnologías punta en la tercera revolución industrial, impuestos sobre las industrias del entretenimiento y del ocio, que se encuentran entre las de mayor crecimiento en la economía actual —¿cómo pueden ciertos jugadores de fútbol ganar cantidades tan astronómicas?—, impuestos sobre la publicidad, o donaciones de las empresas al tercer sector, que serían fiscalmente deducibles, etc.

En fin, que trague menos impuestos el Estado, que racionalice mejor su gasto, que se apriete el cinturón, que se someta a dieta para que crezca la sociedad civil autogestionada; que no derroche en automantenimiento lo que debe gastar en atender a los más necesitados de la sociedad civil; en definitiva, que se vaya el Estado, que nos deje en paz para que sólo quede la sociedad civil libre, culta y solidaria. *Quinta aporía: ¿cómo reducir la macrocefalia y la voracidad de los Estados, sin que ocupen su lugar las multinacionales, que exclusivamente privatizan ganancias y socializan pérdidas?*

6.6 Sexta aporía: asumir el sentido de la historia con sujetos históricos adecuados a la magnitud de la crisis

El problema radica en que hoy no existe un sujeto histórico que asuma esta lucha. Para una nueva teoría de dicho sujeto habría que considerar la existencia de las siguientes posibilidades:

El vacío de sujeto (con sujetos vacíos) que no quiere asumir nada que no sea la autodefensa del ya amasado embrutecimiento. A casita que llueve, a dejarse seducir —o “sexducir”— por la parali-turgia publicitaria y mediática, el *show business*, la “santa alianza” entre la economía de mercado y la informática, todo eso que podría denominarse promoción del optimismo beato; sujeto que vive en la nube, aunque precariamente; pasa sus ocios entre la diversión alienante, el falso monoteísmo del dinero y la ética del triunfo; reduce la educación a la instrucción hiperfuncional.

El sujeto errado y errático (voluntariado narcisista). Más cerca de la lógica del corazón y de la buena voluntad que de la inteligencia, y a mil leguas de la memoria, cuanto mejor le vaya al voluntariado peor le irá a la revolución: de todos modos, a falta de otras militancias, hay que asumirla para rectificarla.

Sea como fuere, lo que da mucha pena no es ver a ciertos militantes de ayer reducidos a gestionar hoy las migajas del sistema para que las administre Cáritas en la promoción de empleo de

jóvenes marginales –al fin y al cabo están ayudando a los pobres, aunque todo lo que sean segundos cheques, parcheos y demás no hace más que quitar de acá para poner allá, sin cuestionar mínimamente al sistema. Lo que da verdadera pena es que hayan perdido los papeles y ya no quieran saber nada que no sea eso de la “sopa medio boba”, y que hayan renunciado incluso a la formación en la teoría crítica en el interior de sus propios cuadros. *Sexta aporía, y nada fácilmente resoluble: cambiar la sociedad con agentes de cambio que, por su parte, necesitan ser cambiados ellos mismos.*

7. POR LA CREACIÓN DE UN SUJETO PERSONALISTA Y COMUNITARIO

“En los tiempos recios –decía santa Teresa a las monjas carmelitas– hagámonos espaldas”. Éstos son los bueyes con los que hay que arar y no hay otros, se trata de enseñarlos a andar con la cabeza más alta y a mirar más lejos caminando en el sentido del personalismo comunitario tomado como *macrorrelato*, un *macrorrelato con memoria del siglo XIX, entendimiento del siglo XX, y voluntad del siglo XXI*. Lo urgente, pues, es la creación de un *sujeto personalista y comunitario*, contando con el sujeto que hay, el voluntariado, reconduciéndolo. Y de hacerlo según nuestra teoría de los cuatro niveles:

tocando la pobreza con las propias manos;
 reflexionando crítica y propositivamente sobre ella;
 militando activamente contra el sistema que lo propicia;
 y descansando en Dios.

Urge, pues, no decaer y además entrar en contacto con otras organizaciones que busquen algo similar, por pequeñas y pobres que sean, en sinergia de microutopías. Urge ser testigos vivos de lo que se cree pues, más que palabras, lo que sin duda alguna agradará mañana de nuestra generación presente al mundo de nuestros nietos será el *testimonio* de sus abuelos. Ahora bien, *“todo depende de qué se entienda por testimonio. Testimonio en griego se dice **martyrion**, y de ahí la palabra **mártir**. Pero sobre esto hay también grandes ilusiones. Se piensa que el mártir es el que ha dado su vida por una verdad, en este caso por una verdad religiosa. Sí, esto es evidente. Pero no es ése el sentido radical del martirio, ni mucho menos. Recordemos al protomártir, san Esteban: no cabe duda de que lo lapidaron y lo mataron. Pero no fue mártir por eso. Al revés: lo mataron porque era mártir, porque era testigo de la verdad. La pérdida de vida fue consecutiva al testimonio de la verdad, y no formalmente constitutiva del martirio. El*

caso supremo está en la cruz de Cristo. Cristo es el mártir por excelencia no precisamente porque lo claven en una cruz, sino porque clavado en una cruz da testimonio a los hombres de su propia divinidad redentora, que es asunto distinto"²².

Si somos capaces de asumir esa *martirya* con lucidez y espíritu alegre, habremos ganado la batalla a las fuerzas del pesimismo o del optimismo enajenador. Si de eso somos capaces, entonces los lugares sagrados, es decir, los centros de peregrinación del futuro, continuarán siendo sagrados propiamente por la presencia en ellos de los *bhakta*²³: "El roce de sus pies purifica toda *tierra*"²⁴. Porque pertenecen a Dios desde lo que ha constituido su experiencia vital, por eso su vida confirma nuevamente la veracidad de las escrituras sagradas. Ellos son causa de la alegría de los seres celestiales y salvadores del mundo, en cuanto que su vida es reclamo continuo de la dimensión espiritual de la existencia terrena.

Abstract

Professor Carlos Díaz develops, using an ironic, and sometimes biting, language, a philosophical reflection on the situation of the human being in the technological and media universe created by the new means of world communication. With a highly free tone and formulation, he carries out a penetrating critique of the challenges that the implementation of new communication technologies implies for the human being, both in their daily life as in their work and social life.

²² ZUBIRI, X. *El problema filosófico de la historia de las religiones*. Madrid: Alianza, 1993, pág. 342.

²³ *Bhag. Pur* 1, 13, 9.

²⁴ *Ibid.*, 4, 30, 37.